

AMÉRICA LATINA UNA Y MÚLTIPLE

(Prólogo a LES BONNES NOUVELLES DE L'AMERIQUE LATINE)

Mario VARGAS LLOSA

Durante mucho tiempo el cuento fue la pariente pobre de los géneros literarios en el mundo occidental. Los editores eran reticentes a publicarlos porque tenían el prejuicio de que los libros de cuentos no eran comerciales y las revistas y periódicos, que antaño abrían sus páginas a las historias cortas, cuando el periodismo se modernizó (entiéndase banalizó) le cerraron las puertas. Ahora, desde hace algún tiempo, por fortuna, el cuento vuelve a abrirse paso en el mundo de la literatura y empieza a reconquistar los territorios perdidos.

A diferencia de lo que ocurría en Europa y en Estados Unidos, en América Latina el cuento se mantuvo siempre vivo, pese a las dificultades. Un buen número de escritores latinoamericanos han construido mundos originales y complejos utilizando exclusiva o principalmente ese género apretado, difícil y riguroso que es el cuento, un género que por su brevedad, condensación y voluntad perfeccionista está más cerca de la poesía, y aún de la música, que de la novela.

Basta recordar algunos nombres para comprender hasta qué punto el relato corto puede ser un espacio extraordinariamente fértil para la fantasía y la destreza literarias: Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Juan Rulfo, Adolfo Bioy Casares. Cito a éstos porque creo que, aunque algunos de ellos fueron también novelistas, en el cuento alcanzaron sus mejores logros. Pero casi todos los grandes novelistas latinoamericanos también han sido consumados cuentistas: Alejo Carpentier, Guimarães Rosa, Juan Carlos Onetti, Gabriel García Márquez, Augusto Roa Bastos, Carlos Fuentes, José Donoso, Jorge Edwards y muchos más.

Esta antología de escritores hispanoamericanos de las nuevas generaciones que han seleccionado Gustavo Guerrero y Fernando Iwasaki revela que el género mantiene toda su vigencia y creatividad entre los herederos de la vieja generación. La antología muestra la notable diversidad de temas, técnicas y estilos que reina entre los nuevos escritores, y, sobre todo, una reorientación casi generalizada de la naturaleza de las historias que sorprenderá a muchos: el famoso “realismo mágico” que durante muchos años pareció copar la literatura que producía América Latina, ha perdido vigencia en las nuevas generaciones de escritores, quienes, ahora, cada uno con su estilo particular y su temática propia, retornan al realismo y rehuyen los temas fantásticos. De hecho, en esta antología sólo un par de cuentos podrían ser adscritos al “realismo mágico” y, aún así, extendiendo mucho las fronteras de este vago concepto hasta confundirlas o poco menos con las del realismo.

Esta antología muestra también que el realismo de los nuevos escritores hispanoamericanos tiene poco que ver con esa visión estrecha y confinada casi exclusivamente en la problemática social y política con que se entendía la literatura realista en el pasado. En los nuevos escritores latinoamericanos el realismo no está reñido con la imaginación más atrevida, ni con la exploración de lo nuevo y lo insólito. La noción de realidad que esos escritores practican abarca todos los dominios de la experiencia humana, incluida la más secreta intimidad, así como todos los alardes y vuelos de la fantasía. Pero se trata de obras realistas porque en todas ellas asoman siempre unas raíces en las que el lector reconoce el mundo tal como se le aparece a través de sus propias vivencias.

La América Latina que estos cuentos expresan no es exótica, ni pintoresca, no quiere destacar por su colorido local. Lo latinoamericano en esos cuentos se confunde en muchos aspectos con los del resto del mundo. Los dramas,

situaciones, pasiones o tragedias que viven sus personajes tienen un denominador común con los que experimentan mujeres y hombres de otras latitudes y conciernen más que a la circunstancia geográfica a la condición humana en general. Sería difícil señalar las fuentes literarias en las que estos relatos se han nutrido, porque las referencias son muy vastas y nos extraviarían en una selva de autores y libros esparcidos por la literatura universal. La visión provinciana ha quedado definitivamente enterrada. América Latina se ha integrado al resto del planeta a través de sus escritores. La preocupación técnica, el cuidado en la estructura de las historias y la obsesión por la eficacia del lenguaje es general, lo que indica que en los nuevos escritores ha quedado derogada esa despreocupación por la forma que hizo tanto daño a la literatura costumbrista e indigenista de las primeras décadas del siglo XX.

¿Qué clase de América Latina aparece en estos cuentos? Una América Latina urbana, de ciudades y ciudadanos, en la que muchas veces el mundo rural ni siquiera es mencionado y, cuando lo es, se trata de una realidad lejana de incierta y desvaída existencia. En los relatos que tienen un asiento rural, el campo no es ese idílico y lírico lugar de una naturaleza vistosa y bravía, sino un escueto escenario donde lo importante que sucede es siempre la aventura humana, no el marco geográfico. Si la urbe es el decorado más permanente en estas historias, las ciudades que aparecen en estos relatos no son retratos ni siquiera apuntes de los modelos reales, más bien recreaciones en las que el autor ha volcado más imaginación que memoria, es decir, unas ciudades que construye principalmente la fantasía antes que la fidelidad de los recuerdos. Eso es un acierto porque contar es inventar.

En todos estos relatos la preocupación por la eficacia del lenguaje y la funcionalidad de la construcción es evidente. Pero, a diferencia de lo que solía ocurrir en los años sesenta y setenta, cuando los jóvenes escritores latinoamericanos, fascinados con la experimentación, hacían de la forma un exhibicionismo pirotécnico, un juego tan vistoso que en algunos casos llegaba a suplantar a los temas de las historias –cuentos que, más que una historia, contaban una manera de contar-, en estos relatos la forma suele ser invisible, está tan integralmente identificada con los personajes y las anécdotas, que sólo éstos llegan a la inteligencia y la sensibilidad del lector. Lo que quiere decir que los escritores latinoamericanos representados en esta antología han recuperado la pasión por contar y alcanzado, algunos más y otros menos, esa maestría que consiste en dominar los medios expresivos hasta conseguir que ellos desaparezcan detrás del mundo y las historias a las que dan vida y semblante de verdad.

La diversidad puede ser una forma de igualdad. Estas historias expresan un mundo plural, en el que coexisten gentes, costumbres, creencias y escenarios muy distintos, y, sin embargo, algo acerca y funde a todos estos cuentos en una fraternidad sin cesuras, porque, cada uno a su manera, están hechos a imagen y semejanza del continente donde tienen sus raíces: un vasto mundo donde se encuentran todos los paisajes y climas de la tierra, todas las razas y culturas, y al que aglutinan y unen una lengua, una historia, unos problemas y una relación con el resto del mundo que establecen entre todos estos escritores una consanguinidad ineludible. América Latina es una y múltiple y nada la expresa y define mejor que la buena literatura.

Un nuevo siglo, una nueva generación

Todas las antologías son arbitraria y la nuestra apenas se aparta de esta norma, pues, con una sola excepción que confirma la regla, la de la escritora uruguaya Claudia Amengual, sólo hemos tenido en cuenta a escritores nacidos a partir de 1960 y que han publicado al menos un libro de relatos. Y como si los límites cronológicos no fueran de por sí suficientemente resbaladizos, los autores elegidos son quienes son porque, desde nuestro punto de vista, representan lo mejor de una generación de cuentistas que nació mientras Jorge Luis Borges recibía el Premio Internacional Formentor en 1961 de manos de tres de los principales editores europeos (Claude Gallimard, Giulio Einaudi y Carlos Barral) y empezaban a publicarse los títulos más memorables del *boom* latinoamericano : *Rayuela* (1963) de Julio Cortázar, los célebres *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez, *Tres tristes tigres* (1968) de Guillermo Cabrera Infante, *Conversación en La Catedral* (1969) de Mario Vargas Llosa, *El obsceno pájaro de la noche* (1970) de José Donoso y *Terra Nostra* (1975) de Carlos Fuentes. Con éstos y otros libros nuestro autores supieron atraer el interés del planeta por la literatura de América Latina en

general y, de rebote, hay que añadirlo, por el cuento latinoamericano. De ahí el marco temporal de la presente antología cuyo punto de partida es la década de los sesenta y cuyo género es del relato breve.

A diferencia de otros lugares del mundo, en América Latina sí es posible adquirir un alto prestigio literario sin «cometer» ninguna novela, como lo ha demostrado con largueza el argentino Jorge Luis Borges, sin duda el gran clásico de la lengua española después de Cervantes y uno de los narradores imprescindibles del siglo XX junto a Joyce, Kafka y Proust (aunque ninguno de ellos, subrayémoslo, haya recibido el Premio Nóbel de Literatura). No es de extrañar por tanto que todos los miembros del *boom* se estrenaran como escritores publicando libros de cuentos y sólo mucho más tarde publicaran novelas. Seguían una vieja y bien instalada tradición que ya incluía a cuentistas magistrales como el venezolano Arturo Uslar Pietri, el uruguayo Juan Carlos Onetti, el guatemalteco Augusto Monterroso y el cubano Alejo Carpentier, sin olvidar a los mexicanos Juan Rulfo y Juan José Arreola, a los argentinos Bioy Casares y Marco Denevi, o al peruano Julio Ramón Ribeyro. Gracias a ellos y a muchos otros, la tradición del cuento en América Latina ha sido una de las más fecundas de la literatura occidental porque ha supuesto, a su vez, una lectura creativa de otras tradiciones como la rusa, la francesa, la inglesa y la

norteamericana. Es decir, Poe, Flaubert, Maupassant, Chéjov, Turgénev, Conan Doyle, Chesterton, Henry James, Saki, Hemingway y Cheever, entre otros.

Los autores elegidos en la presente antología son hijos de esa larga tradición. Todos comenzaron a publicar a mediados de los años ochenta, cuando, gracias al *boom*, la literatura latinoamericana ya tenía carta de ciudadanía dentro de la República Mundial de las Letras y constituía un *corpus* o legado susceptible de ser cuestionado, asumido o rechazado. Así lo entendieron los chilenos Alberto Fuguet y Sergio Gómez al redactar el desafiante prólogo de la antología de cuentos *McOndo* y sus precursores argumentos fueron la base de reelaboraciones y desarrollos posteriores por parte de otros narradores, como el costarricense Carlos Cortés, el ecuatoriano Leonardo Valencia, la puertorriqueña Mayra Santos-Febres y el mexicano Jorge Volpi. Miembros de una nueva generación, todos advierten de manera distinta que el marchamo «latinoamericano», como una vieja *marca registrada*, se ha convertido al cabo de los años en un lastre para la conquista de esa nueva autonomía literaria que Roberto Bolaño describió con más filosofía que filología:

¿De dónde viene la nueva literatura latinoamericana? La respuesta es sencilla. Viene del miedo. Viene del horrible (y en cierta forma bastante comprensible) miedo de trabajar en una oficina o vendiendo baratijas en el Paseo Ahumada. Viene del deseo de respetabilidad, que sólo encubre al

miedo. Podríamos parecer, para alguien no advertido, figurantes de una película de mafiosos neoyorquinos hablando a cada rato de respeto. Francamente, a primera vista componemos un grupo lamentable de treintañeros y cuarentañeros y uno que otro cincuentaño esperando a Godot, que en este caso es el Nobel, el Rulfo, el Cervantes, el Príncipe de Asturias, el Rómulo Gallegos¹

La glosa anterior proviene de las actas de un encuentro literario celebrado en 2003 en Sevilla y que es recordado precisamente por haber sido el último acto público al que asistió Roberto Bolaño. Sin embargo, la reunión sevillana fue una cita más dentro de una serie de encuentros que han permitido dar cierta visibilidad a los nuevos narradores latinoamericanos y crear las condiciones de una primera difusión de sus trabajos a nivel internacional. El itinerario de tales encuentros fue el I Foro Iberoamericano sobre «Literatura y compromiso» celebrado en Mollina en 1993, los Congresos de «Nuevos Narradores Hispánicos» convocados por la editorial Lengua de Trapo y Casa de América en Madrid en 1999, el citado I Encuentro de Escritores Latinoamericanos promovido por la editorial Seix-Barral en Sevilla en 2003, el seminario «Nueva Narrativa de Extremo Occidente» que formó parte de los Cursos de Verano de la Universidad Complutense en El Escorial en 2006) y el reciente congreso «Bogotá 39» celebrado en la capital colombiana en 2007. La mayoría de los

¹. Roberto BOLAÑO: «Sevilla me mata» en *Palabra de América...*, p. 19.

treinta autores seleccionados para la presente antología, ha asistido al menos a uno de los eventos enumerados.

Asimismo, la obra que prologamos podría formar parte de una serie de siete compilaciones de cuentos latinoamericanos publicadas en varios países a lo largo de los últimos quince años y donde los relatos de la mayoría de nuestros autores también han sido recogidos, avalando así los criterios de selección de la presente antología. Por orden cronológico serían las siguientes:

Año	Antología
1996	<i>McOndo</i> , edición y prólogo de Alberto Fuguet y Sergio Gómez, Mondadori, Barcelona.
1997	<i>Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI. Las horas y las hordas</i> , edición y prólogo de Julio Ortega, Siglo XXI, México.
1998	<i>Líneas Aéreas</i> , edición y prólogo de Eduardo Becerra, Ediciones Lengua de Trapo, Madrid.
2000	<i>Se habla español</i> , edición y prólogo de Edmundo Paz Soldán, Alfaguara, Miami.
2002	<i>Pequeñas resistencias</i> , edición de Andrés Neuman y prólogo de José María Merino, Páginas de Espuma, Madrid.
2002	<i>A Whistler in the Night World. Short Fiction from the Latin Americas</i> , Thomas Colchie (editor), Plume, New York.
2007	<i>Bogotá 39. Antología de Cuento Latinoamericano</i> , Ediciones B, Bogotá.

Aunque muchos de los autores reunidos tienen en común cierta extraterritorialidad y cosmopolitismo, la diversidad de lecturas y mentores literarios o un manifiesto interés por la cultura pop y la abolición de la frontera entre la ficción y la no ficción, tal y como podrá apreciar el lector, en realidad los temas de sus cuentos resultan de lo

más heterogéneos, pues la literatura fantástica convive con el realismo más sucio, los cuentos eróticos alternan con los relatos policiales, la ficción histórica cohabita con la ciencia-ficción y los infiernos sociales tienen su contrapunto en los infiernos íntimos. A diferencia de ese pasado en que nuestra literatura buscó *la* definición de una esencia de lo latinoamericano, los escritores de hoy son autores de una literatura plural, que no cabe ya en un solo proyecto, y además lo asumen gozosamente.

¿Y el compromiso, la revolución y la identidad? Una ironía del destino ha querido que muchas de las banderas de los años 70 hayan sido arriadas por la nueva generación tras el fin de las utopías históricas, mientras las antiguas obsesiones por la nación y las identidades se vuelven temas dúctiles u objetos de irrisión y parodia – muy al contrario de lo que ocurre hoy en varios países europeos donde se asiste a un inquietante resurgir de los nacionalismos.

Para acercarse a esta nueva generación, resulta muy interesante visitar los laboratorios literarios de sus protagonistas a través de sus poéticas, pues sólo así resulta más plausible su apuesta por el cuento, a pesar de la hegemonía editorial de la novela. Al respecto, el colombiano Juan Gabriel Vásquez sentencia rotundo:

El cuento no ha recibido ni una mínima parte de la reflexión crítica que ha merecido la novela, y sin embargo en ningún otro arte es tan amplio el

cuerpo de reflexiones de los mismos autores sobre su oficio. Creo que hay una razón para ello: no se puede ser escritor de cuentos, ni siquiera de cuentos malos, sin un conocimiento profundo de ciertas herramientas técnicas, de cierta información histórica, de ciertos descubrimientos teóricos².

En realidad, nadie pierde de vista a la novela, como la cubana Karla Suárez, quien asegura que “escribir un buen cuento puede tomar tanto tiempo como escribir una mala novela; pero leer un buen cuento puede dejar sensaciones similares a las que deja una buena novela”. ¿Y cómo se escribe un relato estupendo? De todos los nuevos narradores latinoamericanos, quizás nadie ha reflexionado más y mejor sobre el asunto, siguiendo la estela de nuestro maestro Horacio Quiroga, que el argentino Andrés Neuman. Remitimos al lector a sus manifiestos, ensayos y dodecálogos, pues leyendo las poéticas de Neuman uno encuentra teorías y técnicas, inteligencia y conocimiento, ardidés y magias:

Ahora bien, siendo francos, sería justo reconocer por ejemplo que el cuento debe parte de su magia a la poesía. Un relato breve es una feliz intersección entre lo poético y lo narrativo. Su bendita densidad está en deuda con el resto de subgéneros sintéticos: la fábula, el ejemplo, el apotegma, el aforismo, el epitafio³.

Nuestra antología quiere hacerle justicia al cuento, aunque conlleve la injusticia de no haber incluido a otros excelentes

². Juan Gabriel VÁSQUEZ: «Apología de las tortugas» en *El arte de la distorsión*, Alfaguara, Madrid, 2009, p. 75.

³. NEUMAN: «El cuento del uno al diez» en *El arquero inmóvil...*, p. 172.

especialistas del género breve. También lamentamos haber tenido que dejar fuera de esta selección a narradores maravillosos que no se han prodigado especialmente en el cuento.

Señalemos, para concluir, que el lector que quiera ahondar en estos nuevos derroteros de la literatura latinoamericana cuenta ya con un grupo de especialistas, críticos, editores y académicos que han ido trazando con sus trabajos el mapa de la más reciente narrativa del continente. Es una manera de prolongar el viaje que proponemos con nuestra selección a través de puñado de textos que marcan rumbos inéditos y a menudo inesperados dentro de una cultura que no ha cesado de cambiar y de renovarse, quizás más rápido y de un modo más hondo de lo que muchos pueden imaginar o esperar hoy.

Gustavo Guerrero y Fernando Iwasaki
Princeton – París – Sevilla
Primavera de 2010